

adelantar la accion, y ligar los personajes de Roma con los de Jerusalén.

xxix.—Pág. 97. Descubre la urna sangrienta.

Hiércles es el ministro de un tirano perseguidor de los fieles; es, pues, natural que se invoque al demonio de la tiranía, y que la invocacion se haga por las cenizas del mas célebre de entre los tiranos, y del primer perseguidor de los cristianos. Segun una tradicion popular muy generalizada en Roma, parece que en otro tiempo habia en la Porta del Popolo un grande árbol sobre el cual venia á colocarse constantemente un cuervo. Hicieron una escavacion en la tierra al pié de este árbol, y se encontró una urna, con una inscripcion que decia que aquella urna contenia las cenizas de Neron. Esparciéronse al viento estas cenizas, y se construyó, en el lugar en que se habia encontrado la urna, la iglesia conocida hoy dia con el nombre de Santa Maria del Pueblo. El monumento llamado la Tumba de Neron que se ve á dos leguas de Roma, en el camino de Toscana, no es el sepulcro de Neron.

xxx.—Pág. 97. El pavor penetra hasta los huesos...

«Pavor tenuit me et tremor, et omnia ossa mea perterrita sunt. Et cum spiritus, me presente, transiret, inhorruerunt pili carnis meae. Stetit quidam cuius non agnoscebam vultum... et vocem quasi auræ lenis audivi.» (Job, cap. VI.)

xxxi.—Pág. 98. Era la hora en que el blando sueño cerraba los ojos...

Tempus erat quo prima quies mortibus agris incipit. (Ex., 11.)

xxxii.—Pág. 98. En desorden la barba...

In somnis ecce antè oculos mostissimus Hector Visus adesse mihi, largosque effundere fletus. Squalentem barbam. Sed gravitor gemitus imo de pectore duccens. (Ex., 11, 270 et seq.)

xxxiii.—Pág. 98. Huye, hija mia...

Heu fuge... eripe flammis. (Ex., 11, 289.)

xxxiv.—Pág. 98. Desiertas ya las galerías.

Apparet domus intus, et atria longa patebant. Edibus in mediis, nudoque sud ætheris axe Ingens ara fuit, etc. (Ex., 11, 485.)

xxxv.—Pág. 98. Eurimedusa, tu suerte fue ignorada de todos...

Este personaje desaparece antes de acabarse la accion; se desvanece como Creusa, pues era de poca importancia. Entra en mi plan el presentar á Cimodocea aislada, mientras que Eudoro estaba rodeado de compañeros de su gloria; de otro modo, las escenas de la prision de Cimodocea y de los calabozos de Eudoro hubieran sido muy semejantes.

xxxvi.—Pág. 98. Vió á un hombre, etc.

Todo el mundo conoce el retiro de San Gerónimo en la gruta de Belen; todo el mundo ha visto los cuadros del Dominiquin y de Agustín Carrache, y todo el mundo sabe que San Gerónimo se lamenta en sus cartas de estar atormentado en medio de la soledad con los recuerdos de Roma. Este gran personaje á quien hemos dejado en el sepulcro de Escipion, y que se encuentra en Belen para dar el bautismo á Cimodocea, tie-

ne á lo menos la ventaja de recordar sitios célebres, grandes nombres y pensamientos ilustres.

LIBRO DECIMONONO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 99. La espumosa huella de las naves...

Todos los que han navegado deben haber visto estas vias, que van dejando las embarcaciones, y que los marinos llaman estela. En tiempo de calma, queda señalada esta linea blanca durante muchas horas.

ii.—Pág. 99. Doraba y en otras ponía parda etc.

No soy yo el primer autor que ha hablado de este doble efecto del sol saliente en los mares de la Grecia. Chandler lo habia observado antes que yo.

iii.—Pág. 99. Algunas trasparentes nubecillas....

Expresion magistral, que pinta perfectamente estas pequeñas nubes que se descubren en un hermoso cielo:

Unde serenas Ventus agat nubes. (Virg. Georg. 1, 461.)

iv.—Pág. 100. La madre de Eudoro acababa de morir...

Pequeña circunstancia de la que nace la pintura del purgatorio; en el libro XXI.

v.—Pág. 100. El dia espira, el dia vuelve á nacer.

No sé si es este pasaje el que ha movido á decir á un critico que Demodoco era un viejo imbécil, ó si á causa de este mismo pasaje ha querido comparar otro critico el dolor de Demodoco con el de Priamo.

vi.—Pág. 100. Dos enhiestas cordilleras que se dilatan...

Esto está sacado palabra por palabra de mi Itinerario; pero como en un asunto tan interesante no están de mas todos los pormenores, voy á citar todavia un fragmento de mi viaje. Principia este fragmento en mi partida de Belen para el mar Muerto, pasando por el monasterio de Sabá.

« Los árabes que nos habian atacado á la puerta del convento de Sabá, pertenecian á una tribu que pretendia tener ella sola el derecho de acompañar á los extranjeros. Los belenitas, que querian tambien tener este derecho, y que tenian que sostener su bien sentada fama de valor, no habian querido ceder. El superior del monasterio prometió que yo satisfaria á los beduinos, y así se arregló el negocio. Yo no queria darles nada para castigarlos; pero Ali-Agá (el genizaro) me hizo presente que, si yo me mantenía en esta resolucion, no podriamos llegar al Jordan, pues irian ellos á llamar á las otras tribus del desierto, y seriamos infaliblemente asesinados; que por esta razon no habia querido matar al jefe de los árabes, porque si se llegaba á derramar sangre, no nos quedaba otro partido que el volvernos á Jerusalén.

« Dudo mucho que los conventos de Escete estén situados en parajes mas tristes y aislados que el convento de Sabá. Está este edificio en la misma quiebra del torrente Cedron, que puede tener en este sitio unos trescientos ó cuatrocientos piés de profundidad. La iglesia está colocada sobre una pequeña eminencia que se halla en la madre del torrente; los diferentes cuerpos del edificio se van elevando desde aqui por medio de escaleras perpendiculares y pasos abiertos en la roca en un lado de la quiebra, y llegan así hasta la cumbre de la montaña, en donde terminan en dos torres cuadradas. De lo alto de estas torres se descubren las cimas estériles de las montañas de Judea, y mirando á bajo, se sumerge, por decirlo así, la vista en la barranca seca del torrente de los Cedros, en donde se ven las grutas que habitaron en otro tiempo los primeros anacoretas.

« Enseñan en el dia en aquel convento, como una curio-

sidad, trescientas ó cuatrocientas calaveras de otros tantos religiosos que fueron asesinados por los infieles. Me dejaron un cuarto de hora solo con aquellas santas reliquias, y parece que los monges que me hospedaban adivinaron que tenia intencion de pintar la situacion del alma de los solitarios de la Tebaida.

« Salimos del monasterio á las tres de la tarde, y llegamos, al ponerse el sol, á la última fila de las montañas de la Judea, que circuyen al Occidente el mar Muerto y el valle del Jordan. La cordillera de Levante que forma la otra orilla del valle, se llama montañas de Arabia, y comprende el antiguo país de los moabitas y ammonitas. etc.

« Bajamos de la cumbre de la montaña para ir á trasnochiar en las orillas del mar Muerto y subir en seguida hasta el Jordan. Cuando entramos en el valle, se replegó nuestra tropa y guardó silencio, prepararon los belenistas sus armas y fueron adelantando, pero con mucha precaucion. Tomaban estas medidas porque nos encontrábamos en el camino de los árabes cuando salen del desierto para venir á buscar sal al lago, y hacen una guerra cruel á los viajeros. Anduvimos de esta manera por espacio de dos horas, con la pistola en la mano, como en pais enemigo, y llegamos á noche cerrada á las orillas del lago. La primera cosa que hice luego que eché pié á tierra, fue meterme dentro del lago hasta la rodilla, y llevar el agua á mi boca. No me fue posible conservarla mucho tiempo, pues es mucho mas salada que la del mar, y produce en los labios el efecto de una fuerte solucion de alumbre. Apenas se secaron mis botas, se cubrieron de sal, y nuestros vestidos, sombreros, manos, rostro, todo, en menos de dos horas, quedó impregnado de este mineral.

« Establecimos nuestro campo á las orillas del agua, y los belenistas encendieron lumbre para hacer café. Tal es la fuerza de la costumbre: aquellos árabes que tanta prudencia habian observado en su marcha, no temieron encender un fuego que podia descubrirlos con mucha mas facilidad. A cosa de media noche, oí algun ruido en el lago, y los belenistas me dijeron que eran legiones de pescados muy pequeños que vienen á saltar á la playa. Esto se opondria á la opinion generalmente adoptada de que el mar Muerto no produce ningun ser viviente. Poco a poco oí tambien decir, estando en Jerusalén, que un misionero habia visto peces en el lago Asfaltites. Este sabio viajero hizo analizar el agua del lago, y yo he traído una botella llena de este agua, que hasta el presente se ha conservado muy bien.

« El 6 de octubre, al amanecer, recorri la orilla. Ocupa este famoso lago el sitio en que estuvieron las ciudades de Sodoma y Gomorra: llámase mar Muerto ó mar Salado en la Escritura; Asfaltites por los autores griegos y latinos, y Almotanah por los árabes. (Véase d'AVILLE). Estrabon trae la tradicion de las ciudades sumergidas. Yo no puedo ser del parecer de algunos viajeros, que pretenden que el mar Muerto no es mas que el cráter de un volcan, pues he visto el Vesubio, la Solfatara, el Monte-Nuovo en el lago Fusino, el Pico de las Azores, el Mamelife, en frente de Cartago, los volcanes apagados de Auvernia, y en todas partes he observado los mismos caracteres, esto es, montañas abiertas en forma de embudo, y lavas y cenizas en que la accion del fuego no puede desconocerse, el mar Muerto, por el contrario, es un lago bastante largo encajonado entre dos cordilleras de montañas, que no tienen entre si ninguna coherencia de formas, ni ninguna homogeneidad de suelo; estas no se juntan en los dos extremos del lago, sino que continúan, por una parte, rodeando el valle del Jordan, y reuniéndose hacia el Norte hasta el lago Tiberiades; y por la otra, se van separando hasta perderse al Mediodia en los arenales del Yémen. Es verdad que se encuentran betun, aguas calientes y piedras fosfóricas en la cordillera de las montañas de la Arabia, pero no he visto esto en la cordillera opuesta. Por otra parte, la presencia de las aguas termales, del azufre y del betun, no basta para afirmar la existencia anterior de un volcan. Con esto digo bastante que, en cuanto á las ciudades sumergidas, me atengo al sentido de la Escritura, sin tener que recurrir al socorro de la fisica.

« Algunos viajeros pretenden que, en tiempo de la calma, se descubren todavia en el fondo del mar Muerto ruinas de murallas y palacios; y esto es tal vez lo que ha dado á Clopsotock la ridicula idea de hacer ocultar á Satanás entre las ruinas de Gomorra, para contemplar desde allí la muerte del Cristo. En cuanto á mí, ignoro si existen estos escombros: ¿ y de qué manera podrian haberse descubierto? No hay memoria de que se haya visto jamás ningun barco en el lago Asfaltites. Los geógrafos, historiadores y viajeros no hablan en parte alguna de la navegacion de este lago. Es verdad que Josefo lo hizo medir, pero es tambien probable que se tomara la medida desde tierra á lo largo de la playa; pues no se

tiene noticia de que los antiguos conociesen el modo de señalar las distancias por agua.

« Estrabon habla de trece ciudades sepultadas en el lago de Asfaltites. El Génesis pone cinco en valle silvestri, Sodoma, Gomorra, Adan, Seboin y Bala ó Segor; pero no señala sino á las dos primeras destruidas por el fuego del cielo. El Deuteronomio cita cuatro; que son: Sodoma, Gomorra, Adan y Seboin; la Sabiduría cuenta cinco, sin nombrarlas: Descendente igne in Pentapolim.

« Santiago Cerbo observó que habia siete grandes corrientes de agua que desembocaban en el mar Muerto, y de aqui sacó Relando la consecuencia de que este mar debia vaciar lo superfluo de las aguas por medio de conductos subterráneos. Sandy y algunos otros viajeros han manifestado la misma opinion; pero se ha abandonado en el dia, en vista de las observaciones hechas por el doctor Halley sobre la evaporacion, y admitidas por Shaw, quien encuentra sin embargo que el Jordan vierte diariamente en el mar Muerto seis millones y noventa mil toneladas de agua, sin contar las aguas del Hernon y de otros siete torrentes.

« Yo deseaba ver el Jordan en el paraje en que desagua en el mar Muerto, punto esencial que no ha sido todavia examinado; pero los belenistas se negaron á acompañarme, porque el rio, á eso de una legua de su embocadura, da una gran vuelta hacia la izquierda, y se acerca á la montaña de Arabia. Tuve, pues, que contentarme con ir á la corvadura del rio mas cercana al sitio en que nos encontrábamos. Levantamos el campo y caminamos con un trabajo excesivo por en medio de arenales y un suelo cubierto todo de sal; en esto los belenistas se detuvieron de repente, y me mostraron con la mano, entre unos arbolillos, una cosa que aun no podía descubrir: era el Jordan.

« Yo habia visto los caudalosos rios de América con el placer que inspira la soledad y la naturaleza; habia visitado el Tiber, y buscado con el mismo interés el Eurotas y el Celiso; pero no puedo decir lo que espermenté á la vista del Jordan. No solamente me recordaba este rio una antigüedad famosa, sino que sus orillas me ofrecian además el teatro de los milagros de mi religion. La Judea es el único país del globo que ofrece á la vez al viajero cristiano el recuerdo de los asuntos de la tierra y de las cosas del cielo, y el que por esta mezcla, provoca en el alma un sentimiento é ideas que ningun otro sitio es capaz de inspirar.

vii.—Pág. 101. Un fruto parecido á un dorado limon...

« Yo he traído este fruto, que por mucho tiempo se ha creído no existia sino en la imaginacion de los misioneros. pero en el dia es ya bien conocido de los botánicos. Háse colocado el arbusto que lo produce en la clase de los solanos con el nombre de Solanum Sodomæum; cuando he dicho, en el prólogo de las primeras ediciones, que este fruto es parecido á un limon degenerado por la malignidad del suelo, no ha sido mi intento hablar sino de la apariencia, y de ningun modo de la realidad.

viii.—Pág. 101. Solo le habian quedado los camellos...

« Me sirvo aqui de una anécdota que he referido en el Itinerario, y de la que he sido casi testigo.

ix.—Pág. 101. Se sentó en torno de una hoguera.

« Esta es una escena de costumbres árabes en la cual he figurado yo mismo, y que se puede ver en el pasaje que he citado en la nota precedente.

x.—Pág. 101. Algunas cartas para los principales habitantes...

« Los obispos eran los que daban estas cartas de viaje ó recomendacion; y en este concepto me ha parecido que podia hacerlas dar tambien á San Gerónimo, por ser sacerdote y doctor de la iglesia Latina.

xi.—Pág. 101. Reina del Oriente...

Quelle Jerusalem nouvelle Sort du fond du désert, brillante de clarté, etc. Racine, Ath. III, 7.

xii.—Pág. 101. La nueva Jerusalén no llora, etc...

Alusión á una hermosa medalla de Tito, que representa una palmera, con una mujer sentada y encadenada al pié del árbol: su leyenda es: *Judea capta*.

xiii.—Pág. 102. La reina de los ángeles.

Esto hace naturales y verosímiles los viajes de Cimodocea.

xiv.—Pág. 102. Yo soy Pánfilo de Cesarea...

Pánfilo el mártir, discípulo de Timoteo, y condiscípulo de Eusebio, el cual se ha nombrado ya entre los prohombres cristianos que encuentra Eudoro en Alejandria.

xv.—Pág. 102. Al pié del monte Aventino...

Todavía se enseña esta prision en Roma.

xvi.—Pág. 102. Cada día le llevaba nuevos compañeros...

De esta manera, un mismo acontecimiento reúne en Roma á todos los personajes: tales como Demodoco, Cirilo, Zacarías, el ermitaño del Vesubio, etc.; y pronto el cielo va á conducir á Cimodocea al lugar del sacrificio.

xvii.—Pág. 102. Aquellos confesores habian convertido la cárcel en iglesia.

Esta pintura de la felicidad de que gozaban en las prisiones es exacta. Fleury solo dará al lector curioso el medio de justificar todo lo que yo digo aquí. (*Cost. de los Cris. e Hist. Ecles.*)

xviii.—Pág. 102. El pontífice de Roma, desde un ignorado retiro...

En todas las calamidades públicas, siempre hay algunas víctimas que se salvan del furor de sus enemigos: no se hallaban todos los cristianos encerrados en los calabozos durante las persecuciones, así como todos los franceses no estaban tampoco encarcelados en el reinado del terror.

xix.—Pág. 102. La hermosa y brillante Aglaé.

Este es el fin de la historia de Aglaé, de Pacomio y de Bonifacio, que principió en el libro quinto; y se va á ver también el fin de la historia de Ginés.

xx.—Pág. 103. Hijo mio, replicó el descendiente de Casio, etc.

Esta sencilla narracion de Zacarías está fundada en la historia. Constancio subyugó efectivamente algunas tribus de los francos, y los hizo pasar á las Galias, á las inmediaciones de Colonia.

xxi.—Pág. 103. La feliz reunion de Constantino.

Con esto se prepara el desenlace, y se anuncia el triunfo de la religion.

xxii.—Pág. 103. Valeria, habia sido desterrada al Asia.

Esto está conforme con la verdad, y separa de la escena á dos personajes que ya no eran necesarios. Únicamente se han recordado aquí para satisfacer al lector, que hubiera podido preguntar lo que habia sido de ellos.

xxiii.—Pág. 103. Deseando inducir á Diocleciano.

Ya se verá luego á Eudoro afearse este designio como criminal; pero entretanto sirve para conservar la esperanza en el ánimo del lector hasta el último momento; y recuerda al mismo tiempo el rasgo mas conocido y notable de la his-

toria de Diocleciano. Era menester, por otra parte, según la regla dramática, que el héroe fuese culpable de una leve falta.

xxiv.—Pág. 103. No tardaron en descubrir...

Pasando yo á América con unos sacerdotes que huían de la persecucion, fui testigo de una escena poco mas ó menos semejante. Siempre que sobrevenia alguna tempestad, iban los marineros á confesarse con aquellos mismos hombres á quienes acababan de insultar.

xxv.—Pág. 103. El Salvador descubre la nave de Cimodocea...

La intervencion de lo maravilloso es aquí absolutamente necesario; pues sin ofender todas las conveniencias ni aun todas las verosimilitudes, no podia ir Cimodocea de su propio movimiento á buscar á Eudoro á Italia; pero el cielo, que quiere el triunfo de la cruz, conduce á esta inocente víctima al lugar del sacrificio.

xxvi.—Pág. 103. El viento... hasta entonces...

Yo pinto en este naufragio mi propia aventura. Volviendo de América, se levantó una tempestad del Oeste que me echó en veinte y un días desde la embocadura del Delaware hasta la isla de Origny, en la Mancha, é hizo tocar la embarcacion en un banco de arena. En mi última navegacion, pasé sesenta y dos días para ir desde Alejandria á Túnez; toda esta travesía, hecha en medio del invierno, fue una especie de naufragio, continuó; tres gruesas naves de Malta perecieron á nuestra vista, y la nuestra, que era la cuarta, se halló en sumo peligro. Esto es comprar algo caro, me parece, el placer de pintar la naturaleza.

xxvii.—Pág. 104. Las ondas se desplagan con uniformidad...

Es menester confesarlo; nunca he observado, en medio de las mas furiosas tempestades, ese caos, esas montañas de agua, esos abismos, ni ese estruendo que se ve en las tempestades que pintan los poetas. Yo no he encontrado mas que á Homero que sea veraz en estas especies de descripciones; casi todas se limitan á pintar la negrura de las olas. He observado, por el contrario, este silencio y esta especie de regularidad que describo aquí, y nada cabe tal vez mas espantoso. Algunos marinos á quienes he leído la descripción de esta tempestad, me ha parecido quedar muy satisfechos de la verdad de los accidentes. Los críticos que piensan que se puede imitar bien la naturaleza sin salir de su gabinete, están, á lo que creo, en el error. Cópiese tanto como se quiera un retrato fiel; nunca se podrán coger todas aquellas sombras ó queiebras de la fisonomía que solo puede dar el original.

xxviii.—Pág. 104. El inmediato escollo cambia al parecer de lugar...

Es necesario haberse encontrado en una situacion semejante para poder juzgar bien del gozo y del terror que se experimentan en un momento como este. Siento no tener la carta que escribí á Mr. de Chateaubriand, mi hermano, quien pereció con su abuelo, Mr. de Malesherbes. En esta carta le daba cuenta de mi naufragio, y en ella hubiera encontrado ahora algunas otras circunstancias que se han borrado ya de mi memoria, aunque esta me ha engañado pocas veces.

xxix.—Pág. 104. Arrojan al mar algunos sacos llenos de piedras.

Así es como detenian los antiguos sus bageles en fondos cenagosos. El ancla sagrada era un ancla reservada para los naufragios, llamada entre nosotros el ancla de la esperanza. Los antiguos han hecho muchas veces alusion á esta ancla sagrada, entre otros, Plutarco, que se complace en servirse de imágenes sacadas de la navegacion y de las embarcaciones.

LIBRO VIGESIMO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 104. No precedió á Cimodocea...

Hay muchos ejemplos de estos honores poéticos que se han tributado en la antigüedad á personajes distinguidos: citaré

solo el de Platon, que fue recibido así por Dionisio en su segundo viaje á Sicilia.

ii.—Pág. 104. Architas.

Gran matemático y célebre filósofo pitagórico. Era de Tarento, y en su patria le erigieron un monumento que se veia de muy lejos.

iii.—Pág. 105. Era una de las Galeras...

Véase el libro XVIII, y la nota XXIV del mismo libro.

iv.—Pág. 105. ¡Ah! ¡es preciso que Tarento haya conservado irritados á sus dioses...

Proponiendo un día á Marcelo que quitase de Tarento las estatuas, por haber sido infiel á sus juramentos, respondió:—Dejemos á los tarentinos sus dioses irritados.

v.—Pág. 105. Así pinta el eantor de Ilión.

Pluton sort de son trone; il palit, s'ecrie, etc.

BOILEAU.

vi.—Pág. 105. Así se eleva una encina, cuya copa toca al cielo...

Véase el *Exámen*.

vii.—Pág. 105. El *Mercurio* de Zonodoro, etc.

He escogido con preferencia, para descubrir las obras maestras que no existen ya en el día, y cuya lista he tomado de Plinio; únicamente me he permitido pintar según mi imaginacion el *Sátiro moribundo* de Protogénes, de quien la historia no nos ha conservado mas que el nombre.

viii.—Pág. 106. En un ángulo de esta sala veíase al *Apolo*... y en el... opuesto descollaba el grupo de *Laoconte*...

Nosotros tenemos estas dos obras maestras. El *Laoconte* se encontró en las ruinas de Termas ó del palacio de Tito.

ix.—Pág. Ya sabes que te amo...

Después de esta frase habia: «¿Es tan temible un amante?» Yo he hecho desaparecer esto por lo mucho que se asemejaba al estilo de novela. En general este pedazo se ha suavizado mucho. Después de la última palabra que termina el aparte, habia media página del mismo lenguaje amoroso, que he suprimido también por la razon indicada. Es suma felicidad para mí cuando puedo ser mas riguroso que los críticos.

x.—Pág. 106. Por medio de filtros y de encantamientos...

Después de estas palabras habia una respuesta de Cimodocea, que no era mas que una imitacion de dos versos de Otello: no me ha parecido bien conservarla, aunque ha sido alabada por la Harpe, y es digna ciertamente de alabanza.

xi.—Pág. 106. La sabiduría, jóven demasiado amable...

Esto no es mas odioso que el lenguaje del *Hipócrita* (1). La filosofía, así como la religion, tiene también sus monstruos.

(Nota del traductor).

xii.—Pág. 106. ¡Morirá, si tú eres mía!

Repito que yo no he inventado esta horrorosa escena. ¡Ojalá no fuese mas que una ficcion!

xiii.—Pág. 107. Persigue.. á Cimodocea...

Después de estas palabras se leían unos siete renglones, en donde pintaba este pasaje de la escena de Hierocles y de Cimodocea: he suprimido esta pintura, aunque esta supresion me ha hecho malograr una comparacion que siento mucho.

xiv.—107. Demodoco conoce á su hija.

Se ve que me he acordado de la historia de *Virginio*, contada por Tito-Livio de un modo tan peregrino.

(1) *El Tartufe*, comedia de Molière.

xv.—Pág. 107. La reina de los ángeles la fija...

La intervencion de lo maravilloso era aquí absolutamente necesario, pues acaba, con las otras razones sacadas de la naturaleza de la escena, de hacer verosímil la presencia de Cimodocea en la galeria.

xvi.—Pág. 107. El prefecto de Roma que favorecia...

Esto hace natural esta seducción, y le quita lo que hubiera podido tener de novela ó inverosimilitud. Dios, que va á castigar á Hierocles, se sirve, como acontece por lo regular, de las pasiones de los hombres, y de un incidente extraño al crimen que él castiga.

xvii.—Pág. 107. ¿Tu hija es cristiana?

Terrible pregunta que decide de la suerte de Cimodocea.

xviii.—Pág. 108. Pero como sus traiciones no están bastante probadas...

Aquí se ven los inicuos arreglos de la conciencia de un hombre que no tiene la fuerza necesaria ni para ser enteramente virtuoso ni enteramente criminal.

xxix.—Pág. 109. Cuando un bajel ha naufragado.

Odissea, lib. XXIII.

xx.—Pág. 109. Cantad, dijo... amigos míos...

Este anuncio del martirio por Zacarías, y en seguida por el lector, produce un género patético desconocido del politeísmo, y que sale de las entrañas mismas de nuestra admirable religion.

xxi.—Pág. 109. Angel de los santos amores.

Es el ángel que ha herido á Eudoro por orden de Dios, y por lo tanto era natural dirigirse á él para saber los sentimientos de Eudoro.

xxii.—Pág. 110. Eudoro, siervo de Dios, etc.

Esta es la fórmula de las cartas de los primeros cristianos. Pueden verse las epistolas de los apóstoles, y especialmente las de San Pablo, de las que se ha sacado esta fórmula, palabra por palabra. El *nos* estaba también usado en esta comunidad de hermanos desgraciados.

xxiii.—Pág. 110. Corta el hilo de su tela...

Véase á *Job*, *Ezequias*, *J. B. Rousseau*.

xxiv.—Pág. 110. El primer año de la persecucion...

La persecucion de Diocleciano llegó á ser una era por la cual se han fechado muchos escritos de esta época.

xxv.—Pág. 110. ¡Te perderá tal vez y no es cristiano!

Eudoro es cristiano, y por eso es superior á la desgracia, pero sin ser insensible á ella.

xxvi.—Pág. 110. Hé aquí el saludo...

Fórmula de las epistolas apostólicas.

LIBRO VIGESIMO PRIMO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 110. Lozanas ramas de Eneldo y ceñida la sien con coronas de rosas...

Se pueden ver en Ateneo todos los pormenores sobre los banquetes y las coronas de los antiguos. El aneto de que se servian en los festines era bastante semejante al hinojo.

ii.—Pág. 110. El banquete de Alcibiades...

El banquete de Platon ha sido traducido por la abadesa de Fontevrault y por Racine. Faltaba el discurso de Alcibiades, y Mr. Geoffroy lo ha dado en su *Comentario* sobre Racine.